

Cristina Rivera Garza

Un diagnóstico a través de la mirada

Claudia Guillén

No hay plazo que no se cumpla, como lo demuestran los festejos tanto del Bicentenario de la Independencia como del Centenario de la Revolución Mexicana. Más allá de la polémica que estas festividades han generado, me uno a la celebración editorial que provocó que diversos escritores hayan publicado, recientemente, títulos de ficción histórica o ensayos que recuperan e ilustran, cabalmente, a personajes y espacios emblemáticos. Es el caso de *La Castañeda. Narrativas dolientes desde el Manicomio General. México, 1910-1930*, de Cristina Rivera Garza, que forma parte de la colección Centenario de la editorial Tusquets.

El primero de septiembre de 1910 Porfirio Díaz inauguró el Manicomio General de México, La Castañeda. Ubicado estratégicamente en Mixcoac, este inmueble fue una muestra más de la arquitectura moderna de nuestro país; y con él, la Beneficencia Pública aportaba un espacio “digno” para los ciudadanos con problemas de conducta y apariencia. El bello inmueble porfiriano fue construido por el hijo del entonces presidente, en un acto más de su enorme nepotismo y, por qué no, de su concepción de familia integrada a un mismo proyecto de nación. La idea del país moderno que tenía el dictador albergó buenas cosas, hay que reconocerlo; pero también articulaba un discurso en el cual la discriminación y las apariencias eran sustento imprescindible del pensamiento positivista. Se trataba, pues, de una modernidad libre de impurezas sociales. Por ello, aunque en principio la idea de crear un manicomio partiera de buenas intenciones, se fue trastocando, quizá desde el primer día de su funcionamiento, como lo podemos leer en *La Castañeda*.

Para escribir este ensayo, Rivera Garza llevó a cabo un puntual ejercicio de investigación que le otorgó un panorama completo de la evolución del diálogo entablado entre médicos y pacientes. Asimismo, por sus páginas corren las imágenes de la modernidad porfiriana, que se pueden advertir con claridad a través de los diagnósticos médicos, de la urbanización o de las fotografías de la vida dentro y fuera de la institución. Son muchos los recursos narrativos de la autora de *Nadie me verá llorar*—novela surgida de esta misma investigación, con la cual se doctoró en Historia—aplicados en este libro, donde se consolida la imagen a través de sus diferentes representaciones, exponiendo asimismo sus variaciones a partir de elementos mentales, sociales y físicos. Cristina Rivera Garza da voz a los seres más débiles y desposeídos de lo que fue la población mexicana de la primera década del siglo pasado. En este libro encontramos, así, una excelente muestra de la narrativa del dolor de quienes, en su mayor parte, dejaron como único recuerdo su testimonio en un pedazo de papel archivado junto con otros setenta y siete mil expedientes.

Al avanzar en la lectura vemos cómo la autora intercala realidades paralelas al manicomio que ilustran aún más la época referida. Con ello el lector se entera de que los médicos utilizaban los atávicos antecedentes familiares para clasificar tanto a pacientes como a criminales, lo mismo que su perfil fisonómico y su género, con lo que ciertos diagnósticos tenían que ver más con lo moral que con lo científico. Rivera Garza identifica, además, a los protagonistas de la psiquiatría mexicana moderna, que experimentaban sus conocimientos con esos

individuos con vidas marcadas por la tragedia de la enfermedad o de la mala fortuna. Uno de los diagnósticos más recurrentes, por ejemplo, era el de “la locura moral”, aplicado normalmente a las pacientes femeninas. En él cabían todas las conductas que no se alineaban a los cánones morales de la época; era una forma de medir las transgresiones de la conducta femenina a las reglas establecidas por la rígida sociedad porfirista.

Como nos lo explica Rivera Garza, la época alimentaba el orden social y moral, y el respeto por los valores familiares. Para hacerlo, se diseñaron iniciativas legales que aludían tanto a espacios urbanos como al ámbito social. Por ello la importancia de establecer un centro como La Castañeda, que aglutinara a quienes no cabían en esa estructura social: miembros de los grupos marginados, tanto económica como étnicamente, que a final de cuentas no eran sino “vidas rotas” que encarnaban una crítica viva al proyecto de la modernidad.

La Castañeda es un ensayo ambicioso que nos acerca a la leyenda negra del nosocomio más popular del México del siglo xx. Pero en sus páginas, entre muchas otras virtudes, destaca el punto de vista de su autora, quien no sólo nos adentra en la complejidad del manicomio y su contexto social, sino que consigue dotar de una identidad presente a esos seres que nunca pudieron tenerla en el pasado, volviéndolos inolvidables para el lector. ■

Cristina Rivera Garza, *La Castañeda. Narrativas dolientes desde el Manicomio General. México. 1910-1930*, Colección Centenario, Tusquets Editores, México, 2010, 331 pp.